

RESSENYES

BODELÓN, Serafín

Literatura latina. Erudición y bibliografía en el siglo XX

Oviedo: Universidad de Oviedo. Servicio de Publicaciones, 1995.

El Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo acaba de sacar a la luz un compendio bibliográfico de 394 páginas confeccionado por Serafín Bodelón que, bajo el título *Literatura latina. Erudición y bibliografía en el siglo XX*, reúne abundante material bibliográfico de nuestro siglo y de las postrimerías del anterior.

El criterio adoptado para la disposición de ese material en el repertorio apunta, según declara el autor en la introducción, a un «sistema ecléctico y mixto» (p. 17) que pretende combinar simultáneamente (pero en realidad sólo los yuxtapone) los factores cronológico y de género (literario) en la medida en que ello sea posible, habida cuenta, argumenta, del obstáculo que para ese fin supone la eclosión del cristianismo, «que condujo a desdibujar un tanto los límites entre los tradicionales géneros literarios» (ib.). Lo cual no nos parece justificar, no obstante, algunas de las irregularidades que a menudo se verifican en la distribución de la información, sobre todo cuando éstas conciernen a etapas previas a ese catalizador advenimiento, por bien que, la explícita confesión de su premisa en este respecto («no me interesa el cómo sino el qué» [ib.]), lo exime de parte de su responsabilidad, al margen de ser, eso sí, enteramente significativa

y de ponernos en guardia ante un trabajo donde el procesamiento de una cantidad ingente de información bibliográfica debería ser, en principio, objeto de atención prioritaria. Por lo que se refiere al comentario y valoración de la bibliografía presentada, anuncia Bodelón, también en las páginas introductorias, su propósito de inhibirse en lo posible para «dejar hablar a las pruebas» (ib.), que no son otras, claro está, que las meras referencias bibliográficas, las cuales, como es bien sabido, resultan con frecuencia menos elocuentes de lo que en principio pudiera parecer, y a menudo frustran las expectativas de quien a ellas acude falto de una orientación previa. Es justamente eso lo que se espera de un compendio de estas características y, en consecuencia, una tal declaración de principios no puede por menos que desanimarnos ya de entrada, sobre todo cuando Bodelón confiesa su entera confianza en las capacidades autodidactas del lector, por cuanto, a su entender, «una ideal y correcta comprensión de las cuestiones literarias es asequible para cualquier estudioso e incluso para cualquier aficionado a las letras; basta con disponer de voluntad, tiempo y fuentes» (ib.). Ahora bien: para desplazarse entre ellas tampoco está de más, nos parece, una correcta orientación y una

valoración seria y rigurosa de la bibliografía que el autor, sin embargo, se resiste a ofrecernos.

Si echamos un vistazo al índice, observamos en seguida cómo se corrobora en la práctica el «eclecticismo» anunciado para la distribución del material bibliográfico. El libro se divide, en efecto, en seis capítulos que responden, aparentemente, a criterios bien puramente cronológicos (los tres primeros), bien híbridos (los tres últimos, que anuncian una combinación de parámetros temporales y de género), cuyos títulos respectivos transcribimos a continuación: «I. Época arcaica»; «II. Época ciceroniana»; «III. Época augustea»; «IV. Época menor» (así en el índice, por más que, en las páginas interiores, este epígrafe se amplía con el siguiente subtítulo: «Otros géneros de Época Imperial»), que en la tabla de materias aparece, no obstante, como si se tratara de un subcapítulo más); «V. Novela y otros géneros en el declive». «VI. La historia de Augusto a Adriano». De entrada, tal distribución resulta no sólo metodológicamente incoherente, sino poco operativa en la práctica, por cuanto la ausencia de un criterio unívoco puede entorpecer notablemente la consulta del material presentado, al obligar al lector a andar a ciegas a través del laberinto de sus páginas, ignorante del criterio que prima en cada caso y que, en consecuencia, ha de orientar su búsqueda. Pero al margen de ello, lo más grave es que, de hecho, el autor ni siquiera se atiene a los contenidos anunciados en los títulos respectivos, sino que dispone su material de manera inconsecuente, desorganizada y confusa. Así, el hecho de que los epígrafes de los tres primeros capítulos aludan exclusivamente a sendos períodos históricos, no obsta para que, eventualmente, pueda superponerse a ese criterio otro de carácter genérico, de suerte que, por ejemplo, en el capítulo I («Época arcaica») hallamos un apartado dedicado a la «Bibliografía sobre erudición e historiografía en época arcaica y grecorromana de carácter general», que, al margen de lo anfibiológico de su formu-

lación y del error que contiene el índice (la consulta del apartado en cuestión nos aclara que en realidad se refiere a la época *ciceroniana* y no a la «grecorromana») ignora los límites cronológicos propuestos inicialmente para recoger material sobre dos períodos distintos, al último de los cuales, sin embargo, el autor ya dedica íntegramente un capítulo completo (el II, titulado justamente «Época ciceroniana»). Pero la incoherencia resulta tanto mayor cuanto que, tras la consulta del apartado en cuestión, comprobamos que el autor ha incluido en ese punto bibliografía sobre, por ejemplo, Pompeyo Trogo o las *Res Gestae* de Augusto, que exceden con mucho los límites cronológicos de la vida de Cicerón. Tampoco se solapa precisamente la biografía del de Arpino con la de Lucilio, al que no obstante se reserva un apartado en el capítulo II, delimitado por el nacimiento y la muerte de aquél. El error en este caso, creemos, consiste en haber utilizado la vida de Cicerón como criterio discriminatorio, cuando hubiera resultado más fácil y menos comprometido fijar los límites en los de la época republicana, que es lo que de hecho parece llevar a la práctica el propio Bodelón, a tenor de apartados como el que acabamos de mencionar, titulado «Bibliografía sobre Lucilio y la sátira en la República». En esta misma línea, el capítulo III (dedicado en principio a la época augustea) incluye un apartado sobre la épica imperial de Augusto a Trajano, con lo que se traspasa nuevamente la frontera anunciada en aras de una ordenación por géneros. Por lo demás, cuando la aludida sustitución de criterios ocasiona desplazamientos temporales de determinados autores, Bodelón no tiene ni siquiera la delicadeza de ubicar el apartado en cuestión en el capítulo que por la cronología correspondería al máximo representante del género abordado, de suerte que se producen despropósitos como el de no incluir las páginas dedicadas al género bucólico en el tercer capítulo «Época augustea», puesto que pertenecen a ese período las églogas de Virgilio, sino que se condena al de Mantua

a un segundo exilio en beneficio de otro cultivador del género, Calpurnio Sículo, que, él sí, desarrolló su vida en época imperial post-augústea, sobre la que versa el cuarto. Puestos a desterrar, nos parecería más sensato haber concedido a Virgilio el derecho de permanecer en su propia época, sobre todo cuando en su caso el destierro implica la división de su producción entre dos capítulos distintos, de manera que el lector que busque información sobre la *Eneida* deberá acudir al número tres, en tanto que si le interesan las *Bucólicas* o bien las *Geórgicas* tendrá que dirigirse al capítulo siguiente. Ahora bien, si desea consultar material sobre el *Appendix Vergiliana* encontrará información por partida doble, ya que el capítulo IV le dedica dos espacios diferentes: «Bibliografía sobre poesía bucólica. Virgilio y el Apendix» (así en el índice) en las p. 251 y ss.; y «Appendix (ahora sí) Vergiliana» en las p. 271-272, apartado éste que, por lo demás, parece haberse infiltrado clandestinamente en el cuerpo del libro, a juzgar por su ausencia de la tabla de materias, irregularidad ésta que, desgraciadamente, no es la única vez que sucede. La distribución del material se revela, en definitiva, caótica y arbitraria y hace sin duda honor a la premisa apuntada por el autor en el capítulo introductorio («no me interesa el cómo sino el qué»). Si, por regla general, el descuido de los aspectos formales suele redundar en menoscabo de los contenidos, ello resulta tanto más evidente tratándose de un repertorio de estas características, donde un procesamiento defectuoso de la información impide su cabal aprovechamiento.

Cada uno de los seis capítulos del libro, que carecen de introducción (y ella se hace tanto más necesaria cuanto que la naturaleza aluvional de su contenido exige algún tipo de justificación) se estructura, pues, en un conjunto de apartados y subapartados (cuyo esquema, por cierto, no suele evidenciarse ni en el índice, que los presenta todos en serie sin especificar la jerarquización interna, ni, a veces, en el cuerpo del texto, que a menudo no establece ningún

tipo de marca tipográfica o numérica que lo revele) fieles, por regla general, a un mismo guión tripartito, que incluye, en primer lugar, un catálogo de ediciones y traducciones; en segundo, un listado de estudios sobre la obra en cuestión; y, finalmente, un comentario sobre la bibliografía inventariada. En diversas ocasiones, no obstante, esa práctica se ignora, y así, por ejemplo, el apartado que lleva por título «Bibliografía sobre erudición e historiografía en la época arcaica y ciceroniana de carácter general» (p. 57), al que nos hemos referido antes, carece de comentario de la bibliografía, que, por otra parte, no aparece distribuida en los dos ítems habituales. Defectos de esta índole recurren en los apartados dedicados al poema *De rosis nascentibus* (que, sorprendentemente, merece uno para él sólo) (p. 271), al *Appendix Vergiliana* (ib.), a los *Poetae Nouelli* (272), al *Nevio épico* (29) por citar algunos. Los tres puntos en que, salvo las excepciones consignadas, se estructuran habitualmente los apartados, se ven incrementados, muy esporádicamente, con un breve capítulo introductorio (lo encontramos, por ejemplo, en los apartados que dedica a Plauto (p. 33), a Terencio (p. 43), a las *Metamorfosis* de Ovidio («Ovidio: una épica mitológica») (p. 190) de interés más relativo. Suele remitir allí a grandes repertorios bibliográficos generales (entre ellos a los volúmenes publicados en *L'Année Philologique* «desde el año 1914 a nuestros días» (p. 34), consejo siempre saludable pero cuya reiteración bien podría excusarse, tanto más cuanto que lo que busca el especialista que acude a un compendio al estilo del que publica Bodelón es justamente verse aligerado de la penosa tarea de despojar sistemáticamente los volúmenes de esa obra ingente), si bien en otras ocasiones (en la que precede al apartado de las *Metamorfosis*, por ejemplo) se limita a comentar parte de la bibliografía, propósito que debiera relegarse a los apartados pertinentes para este tipo de información (es decir, los que llevan por título el de «Comentario»). En cambio, en la introducción que abre el capítulo

«Bibliografía del teatro y épica arcaicos» Bodelón se detiene en una serie de consideraciones de carácter general más propia de un manual para principiantes que para el especialista al que se presupone el conocimiento de las abreviaturas correspondientes a los títulos de las publicaciones especializadas (que nunca se dan completos) o de obras de referencia como el «Ausstieg» (al que se refiere de ese modo sin más). En ella esboza una panorámica de la literatura dramática latina en los siguientes términos. «Pero dentro de la dramática latina hagamos una subdivisión entre la comedia y la tragedia. Por su parte la tragedia se denomina **praetexta** si es de tema y ambiente romano. Nevio fue su creador al innovar el campo de la tragedia utilizando argumentos romanos. (...) Así pues distinguiremos entre **palliata** (temática y ambiente griego) y **togata** (de temática y ambiente romano). La **atellana** de carácter festivo posee unos personajes itálicos muy tipificados y argumento muy breve. El **mimo** también festivo con argumento muy simple y ambientación griega o romana. La **palliata** fue cultivada por Livio Andrónico, Nevio, Plauto, Terencio, Cecilio, Estacio (*sic*) y Turpilio.» (p. 21-22), etc. Consideraciones de este estilo no son infrecuentes tampoco en el seno de los capítulos dedicados específicamente al comentario del material bibliográfico, que, por lo demás, se resienten por regla general tanto de un considerable asistemismo cuanto de una notable pobreza, así por la escasez de obras comentadas como por la superficialidad de los comentarios aducidos. En ellos, las traducciones a nuestra lengua y los estudios debidos a plumas españolas cobran a menudo claro protagonismo en detrimento de obras de mayor interés para el estudio de los temas y autores en cuestión, de suerte que el lector tiene muchas veces la impresión de que la selección de las obras comentadas y la atención que se les dedica no responden necesariamente a un criterio de relevancia sino a la mayor o menor familiaridad del autor con respecto a ellas. Como

consecuencia, obras de dudoso interés merecen muchas veces un generoso comentario en tanto que otras más significativas son ventiladas de un plumazo, entre ellas las ediciones críticas y los problemas de fijación del texto, que, no obstante su importancia, quedan relegados habitualmente a un plano más secundario, cuando no son totalmente preferidos. Por otra parte, Bodelón se limita con frecuencia a listar apresuradamente, a manera de índice o tabla, los temas abordados por un libro, sin detallar mínimamente las propuestas o las conclusiones y sin valorar las aportaciones de esa obra a los estudios de la materia en cuestión. Por poner un ejemplo: su reseña a un libro de G.E. Duckorth (por Duckworth) que lleva por título *The Nature of Roman Comedy*, se reduce a las siguientes notas: «dedica una página (7) a hablar sobre los versos **fescenios** [*sic*]; dedica la página ocho a tratar sobre el papel escénico de la **Satura**. Tres páginas (10-12) se dedican a la fábula **Atellana**, mientras que las páginas 13-15 se dedican al **Mimo** y a su papel» (p. 21). En ese mismo sentido, el comentario a la introducción de la edición de Aiemany al *Adelphoe* de Terencio parece transcribir meramente los epígrafes de los capítulos que contiene: «Aiemany (1947) ofrece el texto latino del *Adelphoe* con notas y una interesante introducción de una veintena de páginas, que muy bien podría fotocopiar el posible lector (!!) para poseer conocimiento de los puntos siguientes: Vida de Terencio, Obra de Terencio, Didascalias, Periocas y prólogos en Terencio, la *Contaminatio*, El arte del *Adelphoe*, Manuscritos y ediciones» (p. 50). Ciertos comentarios rayan verdaderamente los límites del surrealismo: «Entre los personajes que aparecen en la versión española (?) (sc. de Livio Andrónico) de L.A. de Cuenca están: Circe, Cíclope, la Musa, Laertes, Patroclo, Calipso, Atlante, Ulises, Saturno...» (p. 27). Otros no dicen mucho a favor de la actualidad de la información que maneja: (refiriéndose a unas concordancias de Marcial): «se trata del ingente

trabajo de Dulce Estefanía (1979-1985), que iba por el término "futurix" al final del fascículo nº 5 en 1985» (p. 239). Para el estudio de las obras concretas de un autor, en ocasiones remite indistintamente, sin discriminar calidades ni proporcionar criterio orientativo alguno, a cualquiera de las introducciones de las ediciones o traducciones del texto. Así, por ejemplo, en la p. 43, comentando la bibliografía plautina: «Para obras concretas nada mejor que la propia introducción a cada una de las obras en la edición correspondiente»; en la 160, refiriéndose a la ovidiana: «Y las correspondientes introducciones a cada una de las ediciones y/o traducciones permitirá un marco adecuado a cada obra». La misma falta de rigor la encontramos en la p. 78, cuando Bodelón confiesa las fuentes que ha despojado para obtener bibliografía sobre César: «Especialmente he acudido a las introducciones realizadas a las ediciones correspondientes de obras de César, y a ediciones críticas, como la de Mariner (1981), o ediciones escolares como la de García Yebra (1984)...». A todo ello cabe añadir la intermitente presencia en el seno de sus comentarios de apreciaciones de carácter enteramente subjetivo que, puesto que nada aportan sino que más bien lastran la fluidez del discurso, el autor bien podría haberse ahorrado. Nos referimos a impresiones como ésta que aparece a propósito del *De rerum natura* lucreciano: «Para muchos el poema lucreciano hoy posee un gran valor de actualidad, al representar la combinación de ciencia y literatura, ausencia que se lamenta en este mundo actual de fantásticos progresos, que serían, sin duda, catalogados de «magia», si diéramos un salto hipotético en el tiempo hacia el pasado. ¿Qué cantarían Lucrecio si viviese hoy? (...) pero en nuestro siglo, lastimosamente, poesía y ciencia no parecen tener mucho en común; es más, parecen temas antagónicos» (p. 105). Ello por no hablar de anacronismos como los cometidos al referirse a Lucano y a Séneca, a quienes pretende Bodelón paisanos suyos. Así, dice del primero: «he aquí un escritor

español, aunque en lengua latina, al que últimamente le han salido algunos pocos estudiosos en su país» (p. 205), en tanto que al segundo lo califica de «ese gran español que fue Séneca» (p. 313). Algún que otro desliz no puede sino provocar una sonrisa, mas no por ello parece tolerable. Así, Bodelón asegura en la p. 161 que Mar (en realidad Marg)-Harder publicaron en 1992 una edición crítica de los *Amores* de Ovidio «en Munich en la casa Verlag» (p. 161). Sin comentarios.

En cuanto a la presentación del material bibliográfico en el seno de cada apartado, éste se divide, según apuntábamos arriba, y salvo las excepciones allí consignadas, en dos bloques distintos, a saber, «Ediciones y traducciones», por una parte, y «Estudios», por otra. Es una lástima que el primero de esos puntos no distinga casi nunca las ediciones críticas de las que no lo son, que no discrimine a unas y otras de las traducciones, y que no especifique la lengua de la versión para cada caso. Pero al margen de ello, aquello de lo que se resienten más acasadamente los distintos inventarios bibliográficos es de una destacada falta de rigor formal que se traduce en carencias como las que trataremos de resaltar a continuación. Frente al criterio que él mismo adopta habitualmente para ofrecer las referencias (i.e.: Autor, Título, ciudad, año) y que por lo demás coincide con la práctica más extendida, podemos encontrar en este repertorio alguna de las variantes que recoge la siguiente tipología: a) título «glosado» (con o sin desplazamiento del nombre del autor). Por ejemplo, las referencias de las ediciones de Plauto se ofrecen como sigue: «La Edición crítica de Ritschl, Leipzig, 1902; La edición teubneriana de Goetz-Schoell, Leipzig, 1904; La Edición de la Budé de Ernout, A., París, 1935», etc. (p. 34); «Keller, O., Edic. de la Obra completa de Horacio con el comentario de Acrón, Leipzig, 1902-1904» (p. 163). b) Autor, ciudad, año (obviando el título). Así, por ejemplo, en las referencias de las ediciones de Terencio (p. 43-4):

«Psichari, J., París, 1900; Tyrrel, R. Y., Oxford, 1902; Ashmore; S:G., Nueva York, 1908», etc. c) Título cortado con puntos suspensivos (aun cuando se trate de su primera aparición): Cortés, R., *Teoría de la Sátira...* Cáceres, 1980» (p. 93); Grimal, P., «Les éléments philosophiques dans l'idée de monarchie à Rome [chez Caton] à la fin de la République», en *Aspects de la philosophie hellénistique...*, Genève, 26-31 août. Ginebra, 1985, 35.48» (p. 61). d) Título abreviado. Por ejemplo, en la p. 97, el *De rerum natura* lucreciano se cita en varias ocasiones como *D.R.N.* e) Título traducido de su lengua original. Así ocurre con los de las ediciones y las traducciones de Salustio: «Boissier, G., *La Conjuración de Catilina*, París, 1905; Jacobs-Winz-Kurfess. *Catilina. Yugurta*, Berlín, 1922; Ernout, A., *Catilina. Yugurta*. Discursos. Cartas. Historias, París, 1941», etc. (p. 79). f) Inclusión del nombre de la colección o la editorial (frente a la práctica generalizada en este repertorio de omitirlo): «Ernout, A., *Cartas a César. Invectiva contra Cicerón*, Budé, París, 1962» (además, con título en español) (p. 80); «Guillemin, A.M., *Cornelius nepos. Oeuvres*, Les Belles Lettres, París, 1961» (p. 88). Tampoco son uniformes otras convenciones adoptadas a la hora de dar las referencias: indicaciones

del tipo «pp.», «nº», «en» (para los capítulos de libros o artículos incluidos en otras obras) van y vienen con absoluta ligereza; las páginas que ocupa un capítulo o un estudio en el libro que lo contiene pueden o no aparecer; la referencia de algunas obras se ofrece por duplicado... Por otra parte, no siempre se respeta el criterio alfabético que complementa al cronológico en la ordenación del material bibliográfico cuando se listan varias obras pertenecientes a un mismo año. Desgraciadamente, carencias formales de este tipo no se circunscriben a los catálogos bibliográficos sino que se verifican recurrentemente a lo largo y ancho de las páginas del libro: las incontables erratas, los errores de transcripción de términos latinos («atellana», «palliata» [p. 22]), la absoluta incoherencia en el manejo de los criterios tipográficos (mayúsculas/minúsculas, cursiva, negrita...), la falta de adecuación entre las páginas y epígrafes del índice y los del contenido...; todas estas deficiencias, convertidas en auténtica plaga, unidas a las que hemos constatado a lo largo de esta reseña, no pueden merecer ciertamente un veredicto muy halagüeño.

Francisco Carbajo
Universitat Autònoma de Barcelona

NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan María

El ciceronianismo en España

Valladolid: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1993, 184 p.

Varios años lleva el profesor Juan María Núñez en compañía de Cicerón: fue motivo de su tesis doctoral el tema *Cicerón en el Renacimiento español* (Valladolid, 1982 — inédita—) y durante el tiempo anterior a este último trabajo ha publicado varios artículos en torno al ciceronianismo en España. Esta constancia explica que el libro de Núñez resulte de lectura condensada. Los argu-

mentos que desarrolla siempre van documentados con textos de primera mano, para que los personajes aludidos hablen con voz propia, en muchos casos recurriendo a ediciones renacentistas (he aquí que la lupa del profesor Núñez puede detectar lugares críticos); pero las notas a pie de página le han servido para referir la opinión de otros entendidos y, en ocasiones, para entrar en deba-